

»yra cobdiçia la vengança, é la justiçia amonesta la execuçion é el  
 »rigor ençiende la batalla, é la cosa pública demanda el adminis-  
 »traçion, en tal manera que todas cosas privan el reposo quanto  
 »para esto era nesçesario, tanto que muchas veses nos acaesçió  
 »dexar la pluma por tomar las armas, sin que ninguna vez de-  
 »xássemos las armas por tomar la pluma?... Pues quando cansado  
 »é trabajado algunas veces volviésemos á la obra que comen-  
 »çada dexáuamos, cómo el ingenio nuestro se podria fallar  
 »atento, tú, lector, lo considera», etc. Don Álvaro ponía en  
 efecto la última mano á las *Claras mujeres* «en el real de sobre  
 Atienza, entrada la dicha villa», en cuyo cerco habia recibido  
 peligrosa herida en la cabeza <sup>1</sup>.

La disculpa, aunque legítima y bastante á darnos á conocer  
 la fatiga con que el libro fué escrito <sup>2</sup>, no era sin embargo tan  
 necesaria en orden á la erudicion del Maestro. Dividida la obra  
 en tres diferentes libros, atesoraba en ellos con extremada dili-  
 gencia cuantas noticias le ministraban al par las Sagradas Escri-  
 turas, los poetas é historiadores de la antigüedad clásica y los  
 Santos Padres sobre las excelencias y virtudes de las más re-  
 nombradas heroínas, no desechando las recogidas en su *Libro  
 de ilustres mujeres* por Juan Boccacio, cuya diatriba del *Cor-  
 vaccio* virtualmente contradecía. Precedían á toda la obra cinco  
 preámbulos, manera de introduccion muy del gusto de aquella  
 edad, en que sentado el principio de que era la mujer suscepti-  
 ble de tan nobles sentimientos y elevadas ideas como el varon,  
 se deducia la injusticia de los que por ojeriza ó capricho las mal-  
 trataban; y expuesta así la razon que le movia á tomar la plu-

<sup>1</sup> Terminado el tercer libro, leemos: «Fué acabado é dado á publica-  
 çion por el sobre dicho señor [don Álvaro] en el Real de sobre Atienza,  
 »entrada la dicha villa, quatorse dias de agosto, diez é nueve kalendas  
 »de setiembre, año del nacimiento de Nuestro Señor Ihu. Xpo. de mill é  
 »quatroçientos é treinta é seis años, año primero del su maestrazgo». No  
 fué maestro hasta despues de muerto don Enrique de Aragon [1445]: Atienza  
 fué entrada en el expresado dia de 1446 (*Crónica de don Álvaro*, tit. LXX).

<sup>2</sup> Algunas veces leemos: «Aviendo algund tanto olvidado la péñola del  
 ofiçio de escribir» etc.; lo cual justifica materialmente las palabras de don  
 Álvaro.

ma, pasaba á confirmar con la enseñanza de la historia la pro-  
 posicion por él defendida.

Figuran en el primer libro las *mujeres de la Biblia* <sup>1</sup>, pre-  
 cediendo á todas la Virgen María, como las más noble, la más  
 virtuosa, la más clara y santa de todas las nacidas: encierra  
 el segundo las *gentílicas*, formando dos grandes grupos, en  
 que brillan en primer término las *mujeres romanas*, apare-  
 ciendo en segundo lugar las que florecen en las demás na-  
 ciones antiguas; y compréndense en el tercero las más ce-  
 lebradas de la cristiandad, renunciada la idea de exponer, «el  
 »loor de las claras é virtuosas mujeres..., cuya vida gloriosa-  
 »mente avia resplandecido dentro de los términos de nuestras  
 »España», por evitar ya la sospecha de parcialidad, ya el peli-  
 gro de oscurecer sus merecimientos, con la timidez del elo-  
 gio <sup>2</sup>.

Al desenvolver pues, con la exposicion de los hechos, la  
 proposicion que servia de idea generadora á su libro, recorria  
 don Álvaro todas las regiones de la erudicion, hasta su tiempo  
 conocidas. Su anhelo de sublimar las altas dotes que inmortaliz-  
 zaron á las Dévoras y Susanas, á las Lucrecias y Artemisas, á  
 las Paulas y Theodoras, le llevaba á buscar en filósofos, histo-  
 riodores, moralistas y poetas máximas, anécdotas, sentencias y  
 alabanzas que cuadráran perfectamente á la situacion ó á la vir-  
 tud por él enaltecida; y ganoso de lograr su intento, traía jun-  
 tamente la autoridad de Platon y de Aristóteles, de Ciceron y de  
 Séneca, de San Agustin y de San Gerónimo, figurando al propio  
 tiempo entre sus oráculos Tucydides y Xenofonte, Tito Livio y  
 Salustio Crispo, Valerio Máximo y Cornelio Tácito.

Y tan estrechamente asociados se hallaban todos estos nom-  
 bres y estas nociones en la inteligencia del gran Condestable, que  
 ni áun, al penetrar en el santuario de la Biblia, llegaba á des-  
 asirse de su influjo. Cuando lleno de entusiasmo por la generosa

<sup>1</sup> En nuestros dias se han dado á luz varios libros sobre el mismo ob-  
 jeto: la idea, como se vé, no era nueva.

<sup>2</sup> Cap. XXI, final del lib. III.

abnegacion de Esther ó seducido por el heróico patriotismo de Judith, juzga llegado el momento de proclamar que es capaz la mujer de dar cima á las más levantadas empresas; cuando movido de honda admiracion por la prudencia de Abigaíl y por el nobilísimo afan de sabiduría de la reina de Sabbáa, declara que anida en *la generacion feminea* el mismo celo de la ciencia, y que posee las mismas facultades oratorias que resplandecen en los varones,—pide á la historia de Grecia y Roma insignes ejemplos, con que ilustrar la memoria de aquellas heroínas, hallando sólo términos de comparacion en las vidas de Pitágoras y Platon, de Anaxágoras y de Archita Tarentino, de Caton, el Censor, y de Publio Cornelio, el Africano <sup>1</sup>. El éxito logrado por la discreta conducta de Abigaíl, Teanites y Bersabé, excita por extremo la veneracion que le inspira la elocuencia; y pagado de sus maravillosos efectos, prorumpe en el siguiente elogio, digno en verdad de aquel prócer que «fablando, pronunciaba sabiduría», segun nos ha enseñado ya su cronista <sup>2</sup>:

«Muchos sábios, assi griegos como latinos (escribe), é especialmente aquel grande sábio é muy bien hablado romano Tulio Ciçero, han con-  
 »puesto é fecho muchos libros en la eloqüencia, que quiere dezir la  
 »buena é graciosa é apuesta manera de hablar ante los emperadores é  
 »reyes é príncipes, é ante los otros grandes señores, para mejor é más  
 »ayna poder alcançar los ombres aquellas cosas, que quieren demandar  
 »é suplicar: é generalmente de la manera que á todos pertenesce tener  
 »en sus fablas é dichos con todos aquellos, con quien han de participar,  
 »porque mejor puedan fazer sus fechos... Non hay cosa más loada que  
 »la buena fabla, si con ella se ayunta tener cerca della aquel modo  
 »que para lo tal es conplidero; es á saber: considerar quién es aquel  
 »que fabla, é á quién é cómo, é en qué lugar é tiempo, é la materia ó  
 »cosa de la qual es aquella fabla. Las quales cosas acatadas é guarda-  
 »das, quando la fabla non pecca en ninguna destas cosas, puédese desir  
 »della que non ay cosa más suaue, nin más dulce, nin que más de buena  
 »voluntad los ombres quieran que oyr la tal fabla. Esta es esperança

<sup>1</sup> Tal es el sistema general de toda la obra. Don Álvaro no pierde nunca de vista las historias de Valerio Máximo, grandemente estimadas de todos sus coetáneos.

<sup>2</sup> Véase el capítulo anterior, pág. 226.

»de los que están en nescesidad é defensa de los que son en trabajo, ca  
 »¿quál cosa ay más maravillosa nin de mayor preçio que la tal eloqüen-  
 »cia ó fabla?.. Pues es poderosa de atraer las voluntades de los ombres,  
 »é faser mansos é gratos á los que están sañosos é fuertes, leuantar los  
 »aflijidos é caydos, dar salud á los enfermos, librar de los peligros á  
 »los que son en persecuciones, faser de los enemigos amigos, é final-  
 »mente aquello que el sábio Salomon dice en los sus proverbios: «La  
 »muerte é la vida es en el poderío de la lengua» <sup>1</sup>.

Aunque rinde don Álvaro tan señalado tributo á las *mujeres de la Biblia*, le infunden todavia mayor respeto las heroínas de la antigüedad, y principalmente las *romanas*, cediendo al incontrastable poderío que iba cobrando en todas las inteligencias la deslumbradora idea de la civilizacion latina. La incorruptible castidad de Lucrecia, la despiadada fortaleza de Porcia, la constante firmeza de Sempronia, la paciente honestidad de Labilia, la noble templanza de Marcia y tantas otras virtudes como engrandecen la mujer romana, ilustrando los altos timbres de los Escipiones, los Emilios y los Gracos, encienden la imaginacion del Condestable de Castilla, quien llega á contemplar en el heroismo de aquellas matronas la gloria del gran pueblo, que habia señoreado el mundo desde la estrechez del Capitolio. De punto sube este respeto en el ánimo de don Álvaro, al considerar la austera sencillez de Cornelia, madre de los Gracos; y quien era acusado de codiciosa intemperacia en la gobernacion del Estado, exclamaba, no sin verdadera elocuencia, dadas á conocer las joyas y preseas, de que únicamente se pagaba la esposa de Tiberio:

«Mayor virtud es non cobdiçiar cosa alguna que aver é poseer todas  
 »las cosas. Et esto, por ser cosa más çierta é segura non aver muchas  
 »cosas, que non averlas et poseerlas; por quanto el señorío de las cosas  
 »se suele perder; mas la virtud siempre queda, la qual non se pierde  
 »por ninguna cosa triste de fortuna que acaesca. Et como quier que  
 »el acatamiento de las riquezas, quanto á lo de fuera, paresca alegre,  
 »pero de dentro es lleno de mucha tristesa é trabajo; porque con tra-  
 »bajo se ganan, é con temor se poseen, é con dolor se pierden. E asi la

<sup>1</sup> Lib. I, cap. XIV. Este libro se compone de diez y ocho.

«las de la riqueza es contraria á la de la pobreza, é la de la pobreza á la de la riqueza; porque la cara de la riqueza es alegre de fuera, é de dentro muy aborrescible é espantable; é la cara de la pobreza es triste de fuera, é alegre de dentro; porque los pobres non han de qué se duelan de dentro, ca non tienen qué perder, é por ende mayor é más seguro estado es el de la pobreza que el de la riqueza. El pobre que sea contento ó aya paciencia de su pobreza (añade), es avido por rico, et el rico que non es contento con lo que tiene, es avido por pobre, aunque posea muchas cosas, etc.»<sup>1</sup>

Terrible leccion para dada por un privado, hijo de la fortuna, destinado é expiar en la plaza de Valladolid aquella insaciable sed de oro, de que tan rudamente le acusa el marqués de Santillana!...<sup>2</sup>—Pero el *Libro de las Claras é virtuosas mujeres*, llevándole en esta y en otras diferentes ocasiones á presentar la rectitud de su inteligencia en lucha con las pasiones que en el mundo exterior le agitan, mientras nos muestra los plausibles esfuerzos del Condestable para cultivar el campo de las letras, descubre á nuestros ojos cuanto pensaba y creia en el orden moral y áun en el político, siendo en esta importante relacion uno de los más interesantes monumentos literarios del siglo XV<sup>3</sup>. Lástima fué sin duda que la azarosa vida

1 Lib. II, cap. XV.—La primera parte de este libro consta de treinta y tres capítulos, y de cuarenta la segunda; siendo por tanto aquel, á que más importancia atribuyó don Álvaro.

2 Véase el juicio del *Doctrinal de Privados*, cap. VIII, pág. 115.

3 Estudio importante sería el de comparar la doctrina moral asentada por don Álvaro en esta peregrina obra, y la moral práctica, á que regla todos los actos de su ruidosa vida. Para don Álvaro es preferible la muerte á toda torpeza (lib. I); nada hay más honesto que matar al tirano por la libertad de la tierra, «la qual libertad (dice) es á nos muy amada, tanto que el buen varon non dubda de anteponer el provecho de la tierra á su propio interés (Id. cap. XII): la nobleza adquirida es preferible á la heredada, y la virtud debe estimarse más que la nobleza (lib. III); la de sangre vale ménos que la de costumbres» (id. id.). Por manera que tenidas en cuenta todas estas máximas, y conocida su doctrina sobre las riquezas, se vé claramente cuán forzado vivió don Álvaro por el torrente de los sucesos, causándonos maravilla aquella disposicion de su testamento, por la cual mandaba ciertos millares de maravedises por lo no bien adquirido (Véase el capítulo anterior, pág. 129).

que llevó don Álvaro, desde 1459 á 1446, no le consintiera tratar las *mujeres cristianas* con el mismo detenimiento que las *paganas* y las *bíblicas*, y más todavía, que el caballeresco escrúpulo de no aparecer parcial, le apartára del propósito de ilustrar la memoria de las ricas-hembras de Castilla, tomando así plaza entre los historiadores. Su obra, tal cual la poseemos, escrita en un romance fácil, suelto y elegante á veces, enriquecida con las joyas de una erudicion exagerada, en que brillan sobre todas las galas, aún no bien discernidas, de las letras clásicas, le sacaba grandemente airoso del empeño contraido con las damas de la corte, en defensa del bello sexo.

Mas quien de esta manera ejercia el ministerio de abogado de las mujeres, iba á ser oscurecido para lo porvenir por otro ingenio castellano, que haciendo oficio de acusador, no perdonaba medio alguno para poner de relieve los vicios y engaños, de que eran aquellas motejadas. Suerte igual cabia á los libros ya citados de don Enrique de Villena, don Alfonso de Santa María y Martin Alfonso de Córdoba, de que era natural opósito el escrito por Alfonso Martinez de Toledo, con título de *Reprobacion del amor mundano*, trocado alguna vez, para mejor descubrir su intento, por el ya conocido de *El Corvacho*<sup>1</sup>. Martinez de Toledo, hombre de clerecía (pues ya sabemos que era capellan de don Juan II y archipreste de Talavera), dado al es-

1 Este título no apareció sino al fin de la cuarta edicion, en que comenzó á sonar el nombre de Alfonso Martinez.—Es notable que en las seis ediciones que desde 1498 á 1547 se hicieron, no haya conformidad alguna en el título, ni áun en la materia: en unas se lee: *Tratado contra las mugeres que con poco saber, mezclado con malicia, dizen é fazen cosas non devidas* [la de 1499]: en otras: *Compendio breve y muy provechoso para informacion de los que no tienen experiencia de los males y daños que causan las malas mugeres á los locos amadores, y de otras cosas anexas á este propósito* [la de 1529]: en otras: *Archipreste de Talavera, que habla de los vicios de las malas mugeres é complexiones de los hombres* [la de 1547]. Nosotros nos atenemos al códice marcado en la Bibl. Ecur. h. iij. 10, escrito en 1466, segun consta de la siguiente nota final: «Acabóse este registro á dos dias del mes de julhio, año de Nuestro Saluador de mill é quatroçientos é sesenta é seis años. Escriviólo Alfonso de Contreras».

tudio de las letras sagradas, que le enseñaban á buscar y amar la verdad en su más sencilla desnudez, fijando su vista en la corrupcion de las costumbres, cuyo terrible bosquejo debemos á la musa de Juan de Mena, aspiró á ponerles algun correctivo, afeando los vicios y licenciosos abusos que las contaminaban. Con este fin laudable, tomaba la pluma al frisar con los cuarenta años, y en el de 1438 sacaba á luz la *Reprobacion del amor mundano* <sup>1</sup>. « Aunque indigno (escribia en el prohemio), » propuse de faser un compendio breve en rromance, para in- » formacion algun tanto daquellos que les ploguiesse leerlo, et » leydo retenerlo, et rretenido, por obra ponerlo. Et vá en quatro » principales partes diviso (proseguia). En la primera hablaré de » reprobacion del loco amor. Et en la segunda diré de las condi- » çiones algun tanto de las viçiosas mujeres. Et en la terçera » proseguirán las conplisiones de los onbres, quáles son et qué » virtud tienen para amar et ser amados. Et en la quarta con- » cluiré reprobando la comun manera de fablar de los fados, ven- » tura, fortuna, sygnos et planetas, reprobada por la Santa Ma- » dre Iglesia », etc. <sup>2</sup>.

No podia ser el propósito más laudable y áun conforme con el carácter sacerdotal de Alfonso Martinez de Toledo. Dotado sin embargo de ingenio festivo, cáustico y picante, á la manera del archipreste de Hita, cuya lectura saboreaba á menudo <sup>3</sup>; con

<sup>1</sup> Consta del epígrafe, concebido en estos términos: *Reprobacion del amor mundano. Libro compuesto por Alfonso Martinez de Toledo, arcipreste de Talavera, en hedat suya de quarenta años. Acabado á quinze de março, año del nacimiento de nuestro Salvador Jhu. Xpo. de mill é quatrocientos é treynta é ocho años. Sin bautismo, sea por nombre llamado Arcipreste de Talavera, donde quier que fuese llevado.* Esta nota conoció sin duda Andrés Búrgos, al hacer la edicion de 1547.—Alfonso Martinez nació en 1398.

<sup>2</sup> Cód. citado, fól. 1.

<sup>3</sup> Notólo ya el erudito Sanchez, observando con exactitud y gracia que «fué el de Talavera tan buen arcipreste en prosa como el de Hita en verso» (pág. 104 del t. I, de *Poes. Cast.*); y citó, aunque sin acotar el sitio (que es el cap. IV de la I.<sup>a</sup> Parte), unos versos que insertó Martinez del referido Juan Ruiz; lo cual prueba en efecto que le era muy familiar su lectura, como muy semejante su génio.

una imaginacion rica, impresionable y poderosa para reproducir los tonos y matices del más ardiente colorido; iniciado, como tan erudito, en el conocimiento de los libros indo-orientales y didácticos que de ellos provenian, infundia, tal vez sin meditarlo, sello especialísimo al libro de la *Reprobacion del amor mundano*. Observador atento de las costumbres, hallaba en la sociedad sin esfuerzo alguno abundante materia de amarga censura y acabadísimos tipos, que trasladaba con entera fidelidad á sus interesantes cuadros: apasionado imitador de los modelos que le ofrecian los libros de *Calila et Dina* y de *Sendebar*, y con ellos las obras de Pero Alonso, don Juan Manuel y el archipreste de Hita, pediales apólogos y maliciosos cuentos, con que hacer más sensibles y eficaces sus picarescas representaciones; y cuando ni en la vida pública y comun, de todos conocida y juzgada, ni en los libros que le servian de fuentes habituales, ni en los cuentos y satiricas anécdotas del vulgo encontraba aquellas pinceladas vigorosas y vibrantes que apetecia para realzar el bulto de sus retratos, recordaba, acaso no sin interior complacencia, los misterios del confesonario, que abriendo á sus ojos un mundo desconocido de la muchedumbre, completaban de un modo tan sorprendente, como esencialmente transcendental, la verdad de sus pinturas.

Era este uno de los lazos interiores que le unian con Juan Ruiz, colocándole en el mismo lugar, cual pintor de las costumbres. Al reprobar, como el de Hita, los excesos del *loco amor*,—tarea á que destina toda la primera parte de su obra <sup>1</sup>; al bosquejar en varios conceptos los *vicios y engaños de las mujeres*, objeto principal de la segunda <sup>2</sup>, dice y expone el archipreste de Talavera más de lo que advierte y enseña el comercio exterior del mundo, imprimiendo al tipo de la mujer que describe, cierta tinta odiosamente satánica, que si duplica su vi-

<sup>1</sup> Consta de treinta y ocho capítulos, contenidos en el Cód. Ecur. del fól. 1.<sup>o</sup> al 350.

<sup>2</sup> Alcanza la II.<sup>a</sup> Parte al cap. LIII: la III.<sup>a</sup> se extiende hasta el LXIII; y del LXIV en adelante sólo hay division de puntos ó párrafos en el citado códice. En las ediciones se ha seguido orden diferente.

veza, llega por último á abigarrarlo, haciéndolo de todo punto antipático. La mujer de Alonso Martínez de Toledo no es en esta relacion la mujer que hace amable la sociedad é idealiza el arte, siendo en verdad sensible que, á pesar de su loable intento, empeñado con demasía en la reprension de los vicios, no divise, como logró hacerlo Juan Ruiz y mostró otro escritor en aquellos dias con un precioso tratado de *Castigos é documentos que da un sábio á sus fijas*, las bellezas morales del bello sexo <sup>1</sup>.

Con todo, áun puesto en tan resbaladiza situacion, logra comunicar á su libro grande interés de actualidad, que contrastando sobremanera con las apologías, meramente eruditas, del marqués de Villena y de don Álvaro de Luna, explica por qué, áun prescindiendo de la humana malignidad que busca cebo en las flaquezas y deslices ajenos, obtuvo repetido aplauso en los siglos XV y XVI, miéntras las precitadas obras de ilustres ó virtuosas mujeres, inspiradas por más elevado pensamiento y apoyadas en la filosofia moral y en la historia, llegaban á ser casi del todo olvidadas <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Sensible es que no podamos consignar aquí el nombre del autor de este precioso libro *didáctico*. Custódiase, ignorado de los eruditos, en la Biblioteca del Escorial, signado a. iiii. 5., fól 83, y encuadernado con la *Suma de Confesion* del Tostado. Un padre, lleno de amor por sus hijas, procura instruir las en los deberes del matrimonio, valiéndose al efecto de la doctrina que le ofrecen los libros sagrados, y de oportunos *enxemplos* que ilustran la misma doctrina. El propósito del libro se expresa desde las primeras líneas, diciendo: «Porque comunmente todas las mugeres se desean casar, é creo que así lo façedes vosotras, muy amadas fijas mias, non sabiendo por esso, nin sabiendo cuál es el cargo del casamiento, nin lo que deuan guardar las buenas mugeres casadas, por ende quiérovos lo aquí declarar, porque entiendo que non puedo dar, con vosotras, dote de tanto presçio como este». Expuesta la enseñanza en la forma indicada, termina el padre con estas tiernas palabras: «Plega á Dios, fijas mias, que asy presçibaes estos mis castigos é asy useys dellos que Nuestro Señor sea dello seruido, é las gentes vos alaben é tengan por buenas, é yo áya gozo é plaçer en lo oyr» (fól. 103 v.). Contiénese todo el tratado en diez y nueve fojas.

<sup>2</sup> En efecto, ni el *Triunpho de las Donas*, ni el *Libro de las virtuosas*

Debió pues el libro del archipreste de Talavera su mayor celebridad á este interés palpitante de las costumbres, vinculado en la segunda parte, de la cual tomaba toda la obra consideracion de «sátira de los vicios de las mujeres», y título de *Corvacho* <sup>1</sup>. Cuando reprende la codicia y vanidad que las atormentan, la soberbia y terquedad que las precipitan en toda

*mugeres* han visto la luz de la prensa, mientras del tratado de la *Reprobacion* se hicieron hasta el segundo tercio del siglo XVI las seis ediciones indicadas y no cuatro, como asegura Lemcke (*Manual de la Literatura española*, t. II, pág. 105).—Debióse la primera á Meynardo Ungut, aleman, y Stanislao Polono (Sevilla á X de mayo de 1498): la segunda á Maestro Pedro Hagenbach, aleman (Toledo á 29 de octubre, 1499): hizo el mismo la tercera en 1500: repitió la cuarta Arnao Guillen de Brócar (Toledo á 26 de julio de 1518): sacó la quinta Miguel de Eguía (Logroño á 28 de setiembre de 1529); y dispuso la sexta Andrés de Búrgos (Sevilla á 5 de febrero de 1547). Las cinco primeras están en fólío gótico; la última en 8.º xx. Largo tiempo despues de terminado este estudio, llegan á nuestras manos los del docto Wolf (*Studien zur geschichte der Spanischen und Portugiesischen nationalliteratur*), en que da razon de todas estas ediciones del libro de Alfonso Martínez de Toledo (pág. 232), enmendando algunos errores de Clemencin, Mendez y Brunet, con el ya indicado de Lemcke.

<sup>1</sup> Lemcke insiste en apellidar al libro del archipreste con el título de *Corvacho*, manifestando que ni Clarús ni Ticknor conocieron á tan distinguido escritor (loco citato). En cuanto á lo segundo, nada tenemos que decir: nuestros lectores saben que son muchos los monumentos literarios que han tenido igual suerte. Respecto del título, aunque hemos ya señalado la influencia que pudo tener el libro de Boccacio en el del archipreste, conviene notar que no hay punto alguno de contacto en las formas literarias. El autor del *Laberinto d'Amore*, tomando las armas del arte alegórico, se supone trasportado en sueños á un delicioso alcázar, cuyo aspecto se trueca de repente, convirtiéndose en oscuro laberinto, cuyas sendas cubren espinas y malezas. Á su vista aparece el espectro del marido de la dama que le ha despreciado, el cual, condoliéndose de verle empeñado en tan peligroso camino, le descubre las malas artes del bello sexo, pintándole sobre todo con vivísimo colorido las torpezas y liviandades de su propia mujer. Terminada aquella incisiva y repugnante descripción, desaparecen marido, laberinto y palacio, y despierta Boccacio, curado ya de la insensata pasion que le habia puesto en ridículo. Conocido ya el libro del archipreste, no es posible sostener la comparacion bajo el punto de vista del arte.

suerte de pecados y aún de crímenes; cuando las pinta esclavas del anhelo de parecer bien, ó mónstruos de falsedad y de astucia; cuando expone á la universal reprobacion su punible terquedad ó su insaciable lascivia, —siempre acierta á dar brillo á sus bosquejos con el colorido de la verdad, tomado del modelo vivo que la sociedad le ofrece, matizando sus cuadros de pinceladas atrevidas y tonos inesperados, que aumentan por extremo los quilates de su mérito. No es posible traer aquí todo el libro para comprobar estas observaciones; pero bien parecerá poner algun ejemplo, y no ha de ser del todo desagradable á los lectores el siguiente, tomado del capítulo en que se pone de relieve el vicio de la murmuracion, pecado habitual del bello sexo. El Archipreste escribe:

«Non le es [á la mujer] ninguno bueno, nin buena, en plaça nin en iglesia, disiendo:—Yuy!.. y ¡cómo yua fulana el domingo de Pasqua arreada!.. Buenos paños de escarlata con forraduras de martas; saya florentina con cortapisa de veros, trepada de un palmo; faldas de diez palmos rastrando, forradas de camocán; un pordemás forrado de martas çebellinas, con el collar lançado fasta medias espaldas; las mangas de brocado; los paternostres de oro de dose; en la honca almanaca de aljófar, de cuento eran los granos; arracadas de oro, que pueblan todo el cuello; crespina de filetes de flor de azuçena, con mucha argentería, la vista me quitava; un partidor tan rico de flor de cauçil de filo de oro fino, con mucha perlería; los moños con temblantes de oro ó de partido cambray, todo trepado de foja de figuera; argentería mucha colgada de lunetas é lenguas de páxaro, é retronchetes é con randas muy ricas: demás un todo seda con que cubria su vira, que paresçia á la rreyna Sabbá: por mostrarse más fermosa, axorcas de alambar engastonadas en oro; sortijas diez ó doçe, donde ay dos diamantes, un çafir, dos esmeraldas; luas forradas de martas, para dar con alyendo lusor en la su cara, et reveuir los afeytes. Relusia como un espada con aquel agua destilada de un texillo de seda con tachones de oro, el cabo esmerado con la feuilla de luna, muy lindamente obrado; chapines de un xeme en alto, pintados de brocado; seys mugeres con ella: moça para la falda; moscadero de pauo todo algaliado; sahumada, almizclada; las çejas algaliadas, relusiendo como espada. Piénsase Mari Menga, quella se lo meresçe», etc. 1.

1 Cap. IX de la II.<sup>a</sup> Parte (37 del Cód. Ecur., fól. 39). Debemos notar

Con disgusto dejamos de trasladar otros pasajes, donde asegurando Alfonso Martínez que «son peores que diablos», saca á la vergüenza todas las artes secretas de las mujeres, para «untar las manos que tornen blancas como seda, estirar las arrugas de los pechos é de la cara», y «tornar el rostro como la nieve blanco, é relusiente como plata»; revelacion que hacia, «non porque lo fagan, que de aquí non lo aprendieran (dice), sy de otra parte non lo saben..; más porque sepan que se saben sus secretos é poridades»<sup>1</sup>. Para que alcancen fácilmente los lectores cómo sazona y salpimenta estos cuadros de costumbres, preciosos documentos de la historia indumentaria, copiaremos

aquí que en este y otros pasajes hay mucha semejanza con el *Libro de las Donas* del catalan fray Francisco Ximenez. Pintando en el cap. XXIV del tratado III.<sup>o</sup> de la version castellana, ya citada, las *disoluciones* de las mujeres, decia: «¿Qué diremos de las mugeres presentes, que se fassen desir mugeres del tiempo, mugeres de la guisa, mugeres de la ventura é mugeres de la arte? Que van con nuevos tajos de vestiduras é con enamorados gestos, que bueluen los ojos acá et allí, ván juntas braço por braço et se muestran todas las joyas, si bien no es dia de mercado; que cuando se muestran, colean et cabecean más espesso que la sierpe, et fassen á todos los maridos bestias et más que locos... et traen las cejas pintadas en arco, et coloradas con catorce colores: que de cabeça á pies son remifadas, et non les fallestçe solo un chaton; que todas ván enjoyadas, todas almiscadas et con olores de tunique; solamente de punta tocan en el suelo, quando van, et los chapines con polaynas, et de verano guantes dorados en las manos», etc., etc. ¿Lo recordaba Alfonso Martínez de Toledo? En el códice del *Libro de las Donas*, leemos esta nota autógrafa: «Este libro es de Alonso Martínez, arcipreste de Talavera, racionero en la iglesia de Santa María de Toledo, conprado en XXVj d'agosto, de 48 años de más de mil CCCC, en Toledo.—Quinientos maravedís, et otro libro, Alfonso sus, talaverensis, Porcionarius, Toletanus.—La *Reprobacion* habia sido escrita ocho años ántes; pero el precio del MS. prueba que habia sido muy codiciado del archipreste. El *Libro de las Donas* fué segunda vez traducido del catalan y publicado en 1542 por Juan de Villaquiran, librero de Valladolid, con título de *Carro de las Donas*; pero muy trastrocado, y añadidas dos partes, que lo desfiguran del todo.

1 II.<sup>a</sup> Parte, cap. XIX, fól. 41 del Cód. Ecur. La descripción que hace en este capítulo de la *concilla*, ó tocador de las mujeres, se deja atrás cuanto habian dicho los trovadores, y cuanto escribió despues Argensola en su famosa sátira: *Muy bien se muestra, Flora, que no tienes*, etc.